

CAPÍTULO XXXI

FILOSOFIA ECLÉCTICA.

No se debe creer, porque sería un error grave, que la filosofía hubiese abandonado sus trabajos e interrumpido la tradición de las doctrinas racionales griegas, como tampoco la de las doctrinas sacerdotales indianas, egipcias y persas. Hemos ya hecho mención de cinco ramas nacidas del árbol socrático, ya porque no vieron en las cosas sino apariencias e ilusiones, ya porque no reconocieron realidad sino en los objetos físicos, bien porque negasen toda existencia fuera de la conciencia personal, bien porque reuniesen bajo un aspecto único el mundo intelectual y el mundo exterior, sin preferir el uno al otro, ó sea en fin, que se elevasen hasta la unidad íntima y suprema que igualmente vivifica el espíritu y la materia. Había pasado á Italia el epicurismo para vengar á la Grecia, corrompiendo á los señores y á los esclavos.

Sexto Empírico.—El escepticismo había hecho su último esfuerzo con el médico Sexto Empírico que vivía en el segundo siglo, y que por medio de la ciencia pretendió llegar á obtener el resultado que Luciano, se esforzaba en alcanzar empleando para ello la sátira, es decir, derrocar toda creencia. Sus *hipótesis pirronianas*, tendían á destruir toda filosofía positiva; y en tanto que los dogmáticos se jactaban de poseer la verdad objetiva, la cual, negaban los académicos, que nadie pudiese conseguir, pretendió demostrar esta verdad, siendo esta la regla que alegaba en su apoyo; no anticipar como dogma ninguna razón á la que pueda oponerse otra de igual fuerza, consistiendo así el arte de los escépticos en comparar las apariencias de los sentidos y los juicios de la razón con el fin de inculcar la indecisión del juicio (*ἐποχή*), perfecto manantial de la tranquilidad (*ἀταραξία*). En su obra *contra los matemáticos*, es decir, contra los profesores de las ciencias positivas, toma á su cargo rebatir la gramática, nombre que abraza las cien-

cias históricas, la retórica, la geometría, la aritmética, la astrología y la música, combatiendo asimismo á los lógicos, los físicos y los moralistas. Nótase en esta lucha que sostiene con la mayor erudición y sutileza, una claridad y precisión á la que en vano han intentado llegar los muchos que de vez en cuando han intentado rejuvenecer sus argumentos.

Nada podía ser más inoportuno que una escuela escéptica en Alejandria, ciudad consagrada enteramente á los dogmas y á la teosofía. Así la doctrina de Sexto Empírico murió con él, y no añadió á la ciencia más que lo absurdo después de haber negado con Enxidemo hasta la causalidad, anticipándose á Hume.

Al principio había sido adoptada la moral de Zenon por los juriconsultos, y ya hemos visto sus aplicaciones. En ella sobrevivieron los vestigios transformados de la escuela pitagórica, y de las dos escuelas especulativas de Platon y de Aristóteles.

Neopitagóricos.—Si la filosofía neopitagórica, no ponía en lucha á semejanza del estoicismo, la moral con las pasiones del hombre, y al manifestar los encantos de la virtud no la hacía inaccesible (1), secundaba no obstante las inclinaciones populares con un aparato de milagros y de arcanos, lo cual dejaba libre curso á los impostores. Entre estos conviene citar á Anaxilao de Larisa, médico charlatan, y á Apolonio de Tiane, que se quiso hacer pasar por una trasmigración del antiguo Pitágoras ó por el Mesias del politeísmo en peligro. Modificó las doctrinas itálicas con el ascetismo y el misti-

(1) Hoc quoque egregium habet, quod et ostendet tibi bene vite magnitudinem, et desperationem ejus non facit. Scies esse illam in excelso, sed volenti penetrabilem. SENECA, Ep. 66.

cismo que forman el verdadero carácter de su escuela. Con este pensamiento introdujo en ella apariencias religiosas, el uso de los sacrificios y de la magia. Supuso un Dios único, el primero de los seres, á los cuales, sin embargo era poco superior, atendido á que todos estuvieran encadenados con una especie de orden fatal, y en su concepto conocer á Dios era el objeto de la adivinanza.

Entre los neopitagóricos figuran como los más notables Sextio, Socion, Nicomaco y Moderato. En tiempo de Augusto rehusó la dignidad de senador el primero: fué jefe de una secta dotada de la energía romana, para servirnos de la espresion de Séneca, que nos ha conservado esta hermosa imagen suya. «Así como un ejército amenazado por todas partes se forma en cuadro, debe guarnecer el sabio sus flancos con virtudes que, á semejanza de centinelas, estén prontas donde quiera al peligro; y debe hacer tambien que estas virtudes obedezcan sin tumulto á las órdenes de los jefes.»

Socion había sido discípulo de Séneca, Moderato de Cadiz, que vivía bajo Neron, restableció el crédito de Pitágoras, considerando los números como un lenguaje necesario para explicar los principios de las cosas, á lo cual no bastan las palabras comunes. Nicomaco y Jamblico de Calcis en Celesiria, se dedicaron tambien al estudio de los números; pero en vez de atenerse á las doctrinas matemáticas como en otro tiempo, mezclaron fábulas, supersticiones, alegorias, tanto más inútiles cuanto que la mejor parte de su sistema y la sola práctica había pasado en el platonismo.

Jamblico (muerto en 133) en el libro *sobre los misterios de los egipcios y de los caldeos*, nos transmite preciosas noticias sobre las doctrinas orientales. En la *vida de Pitágoras* da un buen testimonio de muchas partes de la filosofía itálica. Estas palabras encierran una excelente definición de la filosofía. «Filosofamos, cuando sin la concurrencia de los sentidos y de las funciones corporales (es decir sin apoyarnos en las sensaciones) hacemos verdadero uso de nuestra inteligencia para comprender la verdad que reside en las esencias, en las cuales sabemos que consiste la sabiduría.» (2)

Neoplatónicos.—Platon y Aristóteles, estos dos hombres de genio que se dividieron el campo del pensamiento y de la ciencia, no habían completado su doctrina. Admitiendo el primero una fuente sobrenatural de la verdad no había alcanzado á aquel punto fijo en que la reminiscencia ó la inspiración beben la certidumbre de la revelación. Queriendo Aristóteles deducir la verdad del raciocinio y de la esperiencia, después de haber apartado toda revelación superior, no pudo abarcar

con observaciones especiales la totalidad de las cosas ni penetrar en su esencia. Completar su obra, acudir en socorro del arte de Platon con la ciencia de Aristóteles, esto es lo que se propuso la escuela ecléctica de Alejandria. Llamóse neoplatónica porque allí prevaleció la doctrina del primero, modificada y enriquecida con lo mejor de las tradiciones órficas, pitagóricas, egipcias, orientales y con el cristianismo, cuyos filósofos podían combatir el mérito, mas no evitar su influencia (3).

La espada de Alejandro y la de Roma habían roto las barreras dentro de las cuales conservaba cada pueblo su carácter nacional hasta entonces, y después se habían mezclado idiomas, costumbres, cultos, gobiernos. Esta mezcla se manifestó especialmente en Alejandria, donde acudían los extranjeros, atraídos por el comercio, los sabios llamados por los Lágidas á la sombra de su trono. Allí se encontraron los griegos al lado de los judios, casi ignorados hasta entonces, y tambien de los orientales, de quienes habían recibido su civilización, y á quienes habían recurrido siempre que habían querido remontarse á la fuente de las doctrinas alteradas por su genio artístico. Hasta los mismos sacerdotes egipcios para hacer la corte á sus maestros extranjeros, atribuían á sus ritos nacionales un sentido alegórico que las aproximaba á las ideas griegas.

Al mismo tiempo se alzaba la voz de cristianos para demostrar que ninguno de los sistemas de la filosofía pagana no podía sostener el parangón con la doctrina del Evangelio; porque se destruían unos á otros; que no había uno solo que fuera completo; y que todos eran inexactos en lo concerniente á la moral. Pareció, pues, que los alexandrinos concordaron para buscar en cada sistema filosófico ó religioso lo mejor que contenía á fin de probar que si la verdad no se halla enteramente en ninguno, está no obstante diseminada por fracciones en todas las doctrinas. Pero como no osaban ó no podían elevarse hasta el punto en que se unen la religión y la filosofía, se estraviaron al estremo de aceptar los absurdos de la magia y del misticismo. Así empañaron todo el esplendor del

(3) El más firme adalid del eclecticismo M. Cousin, define la doctrina neoplatónica de este modo. «El eclecticismo alexandrino era no menos que una tentativa audaz y sabia para terminar la lucha de los numerosos sistemas de la filosofía griega, y hacer que viniera á parar aquel rico y vasto impulso á algo positivo y armónico, que pudiera pasar de las escuelas al mundo, servir de forma á la vida, y consolidar la sociedad antigua trastornada. Este sistema era el platonismo, enriquecido con todos los desarrollos que le habían prestado seis siglos de gloria y de contradicción, las luces de muchas ciencias nuevas ó nuevamente engrandecidas, y todas las ideas de las demás escuelas que se pudieron combinar con el platonismo, dejándole siempre la supremacía. El espíritu general del tiempo mezcló á él muy pronunciadas tintas de misticismo y de superstición teológica.»

(2) Οὕτως δὲ τὸ φιλοσοφεῖν ὡς ἀληθῶς, καὶ ἄνευ ἀσθητικῶν εὐεργεσιῶν, καθαρῶ τῷ νοῦ χρησθαι εἰς καλλιψίαν τῆς ἐν τοῖς οὐρανοῖς ἀληθείας ἥπερ ἐπιγνώσθαι σοφία οὐσα. In *expos. symb.*, 15.

espectáculo de una sociedad reconociendo sus propias imperfecciones, y procurando regenerarse con fundar la doctrina sobre las creencias del pueblo, y hacerlas todo lo morales y racionales que fuera posible, y levantarlas a la dignidad de la ciencia.

Como se apercibieron de la imposibilidad de salvar el politeísmo de la acusación de inmoralidad grosera, trataron de volverlo a los símbolos sofocados hasta entonces bajo las formas exteriores. Recogieron aquellos que habían sobrevivido de las religiones griega y oriental, y remontándose hacia la primitiva revelación, quisieron reconstruir el venerable edificio de las antiguas creencias, decorándole con los nombres de Orfeo, de Hermes y de Zoroastro.

Herederos de los trabajos acumulados en el espacio de diez siglos, desde Tales hasta Amonio Sacca, y teniendo a la mano la mayor colección de libros que haya existido, se acercaban, sin embargo, los alejandrinos a una época de lasitud y decadencia. En vez de lanzarse tras de la verdad con aquel ardor innato en los antiguos griegos, parece que desesperados de haber tentado en vano todas las vías para descubrir el origen de la razón, detuvieron a demostrar y a aplicar: sabios ingeniosos más bien que pensadores audaces y seguros, desnaturalizaron frecuentemente las doctrinas con el fin de conseguir el triunfo de un partido.

El eclecticismo, con que se honra a esta escuela, se empapa por lo común con las opiniones de cada siglo. Mientras el cristianismo no sufría ninguna mezcla, como es propio en una religión fundada sobre la autoridad y persuadida de ser infalible; la escuela ecléctica quería la libertad, la inteligibilidad, llevándolas hasta el exceso. Rechazaban los alejandrinos las doctrinas escépticas y el sensualismo que las engendra; y no tomaron de Aristóteles sino las formas. El idealismo de Platon lo llevaron hasta el misticismo, haciéndolo el carácter distintivo de esta escuela, el solo que le asignó un lugar en la historia de la filosofía y de la humanidad. El método filosófico de los alejandrinos empieza con la dialéctica y acaba con el misticismo: después reconocida la impotencia de la razón recurren a una facultad intuitiva superior a ésta. Todos estos filósofos pretendieron tener comunicaciones directas con los dioses; según ellos, el éstasis era preciso para alcanzar la verdadera sabiduría, siendo el destino final del hombre el absoluto conocimiento y una íntima unión con el (ἐνωσις) por medio de la contemplación (θεωρία).

Plotino, 203-270.—Vivia Amonio Sacca, esto es, faquin a fines del segundo siglo; quizá fuera cristiano, pero había apostatado. Abrió una escuela (4) con intención de conciliar los dos sistemas de Aristóteles y de Platon, cuya tentativa hizo igualmente Palemon, pero en la cual solo Plotino

(4) Tuvo por discípulos a Orígenes, Plotino, Herennio y el crítico Longinos.

pareció tener éxito. Nació este último en Licopolis de Egipto, y afligido con la pobreza de la enseñanza filosófica, se aplicó a inquirir la verdad con una erudición igual a su entusiasmo, pretendiendo que por este medio tendría relaciones íntimas con los dioses. Después de haber visitado el Oriente con el ejército de Gordiano, habitó en Roma por espacio de veinte y seis años, y murió en Campania en 270.

Visionario y haciendo un género de vida extraña, era no obstante afable, bondadoso, casto y de templadas costumbres. El emperador Galieno le señaló una ciudad ruinosa de la Campania para que en ella formara la república de Platon. Aunque no sea lícito hacer experimentos en una sociedad humana, es de sentir que entre las numerosas extravagancias de la época imperial, no hubiera tenido ésta efecto. Permitía a sus discípulos que le propusieran cuantos problemas quisieran, y dirigía por escrito sus respuestas, las que se han recopilado bajo el título de *Eneadas*, pero provocadas por cuestiones accidentales y no resultando un encadenamiento preciso de ideas, es oscura y difusa la esposición.

Es elevadísima su idea de la belleza.—«Las cosas bellas no solo se reconocen como tales, sino que producen en el que las mira un dulce arrobamiento, una agitación, mezcla de placer, de deseo y de amor; no en todos igualmente, sino especialmente en las almas amorosas. Y no habiendo belleza que por sí misma produzca esta atracción, de ahí que de su forma se desprende algo más bello que la belleza y a la cual la belleza debe el ser bella. No es ya una forma, puesto que el alma, donde quiera ve una forma, siente que más allá de ella hay algo, que es su origen: algo que existe por sí mismo sin límite ni medida. Es el principio y el fin de la forma y de la belleza: es el bien. El bien origina el amor; el deseo del bien turba el alma, la cual aspira a unirse al bien. El objeto en sí mismo es solo lo que es; se hace deseable cuando el bien lo ilumina dando a las cosas la gracia y a quien lo desea los amores. El alma recibe uno de sus rayos; entonces se conmueve, siéntese herida por un puñal oculto, entra en delirio y de él nace el amor. Hay algún rostro de correctísima belleza y que sin embargo no atrae porque le falta la gracia. La verdadera belleza es más bien aquel no sé qué, que resalta en la proporción, que la proporción misma. ¿Por qué en el rostro de un vivo se refleja la belleza y después de muerto solo quedan los vestigios, aunque no se alteren poco ni mucho los contornos? ¿por qué, entre muchas estatuas las que tienen vida parecen más bellas que otras bien proporcionadas? y por qué un animal vivo es más bello que pintado, aunque tenga más perfectas formas? Porque este es más deseable.»

Porfirio, 203-304.—Fueron ordenadas las *Eneadas* por Porfirio (*Malk*), natural de Tiro y muerto en Roma, después de haber viajado mucho. Conoció y combatió las doctrinas hebraica y cristiana. De-

ploraba como Plotino la ceguera de las inteligencias, el peso de la materia, y creía ser favorecido de las visiones sobrenaturales. Escribió la vida de Pitágoras, ya divulgando lo que se conservaba antiguamente en los misterios, ó ya explicando las doctrinas y prestando a los cultos pretensiones que jamás habían tenido. Preciso es convencerse de la imposibilidad de descubrir allí la huella de las antiguas creencias, pues más bien se deja ver un esfuerzo hecho para sostenerlas algunas veces con ideas sanas; pero siempre con gran talento.

Porfirio y Jamblico su discípulo, muy inferior a Plotino, llevaron al misticismo la escuela de Alejandria, prefiriendo la tradición a la dialéctica y empezaron aquella imponente guerra contra el cristianismo por la cual se presentó el mundo antiguo en lucha con el nuevo.

Proclo, 412-485.—Proclo de Bizancio dió después más brillo a esta escuela. Quería ser el último eslabón de una cadena de hombres consagrados a Hermes, (περὶ ἑρμεικῆ), en la que la doctrina secreta de los misterios se trasmite por herencia, pero que parece acabó con él (5). Tuvo comercio en los demonios, obró milagros y a su muerte fué colocado entre los dioses.

Estos filósofos cuyo fin era armonizar los distintos elementos, tomaron del Oriente las ideas relativas a la unidad originaria, a las emanaciones, a la materia, a las transmigraciones y a la absorción final; tomaron de Platon la idea de la triada, la distinción del mundo ideal y del mundo sensible, los demonios y la teoría de las facultades del alma; de Aristóteles, la distinción de la forma y de la materia, y la lógica aplicada a las emanaciones. Resultó de todo, como vamos a ver, cuan difícil fué reducir todas estas ideas a la unidad.

Existe desde el principio una unidad pura y absoluta, (τὸ ὄν, τὸ ἐν, τὸ ἀγαθόν), inmutable, sin ninguna diversidad, no teniendo ni aun la que lleva consigo la idea de objetivo y de subjetivo, de conocido y de conocente, y sin ninguna de las cualidades que podemos concebir. De esta unidad, como aureola de la luz, emana continuamente la inteligencia, (νοῦς), necesariamente inferior a su principio, la cual produce a su vez otra inteligencia menos elevada de grado, es decir, el alma universal, (ψυχή τοῦ παντός), principio del movimiento.

La inteligencia abraza las ideas de todo contingente; y como a su vez son estas la inteligencia y su objeto, se hacen idénticas con las realidades,

(5) Necesario es convenir en que las siguientes palabras de Cousin se resienten algo de la idolatría del que la comenta:

Talem autem virum Proclum dicimus in quo coire ac effulgere mihi videntur quacunquē variis temporibus Graeciam illustraverunt philosophicorum ingeniorum lumina, Orpheus videlicet et Pythagoras, Plato, Aristoteles, Zenoque, Plotinus, Porphyrius atque Jamblicus. Prefacio de las obras de Proclo.

el conocente se identifica con lo conocido (6). Pero puesto que ellos existen en la inteligencia como en un asunto, hay una diferencia entre la forma y la materia, siendo ésta la inteligencia y aquella las ideas.

El alma en su actividad plástica propende irresistiblemente a producir fuera las ideas, y las ideas producidas son las almas. Pero no pudiendo existir estas más que en un asunto, se necesita que el alma, al producir las formas (εἶδος, μορφή), produzca también la materia. Esta última se deriva del mundo intelectual, puesto que los filósofos de quienes hablamos enseñan de una manera vaga y oscura que el alma participa con medida determinada de la luz infinita de la inteligencia, en cuyos límites descubre las tinieblas, y como no sufre entorno suyo cosa alguna que no contenga un pensamiento, aplica formas a los objetos para que sean mansiones de las ideas. La materia, asunto indeterminado, desprovisto de todas las cualidades y simplemente susceptible de recibir estas ideas, pasa, tan luego como las ha recibido, de la facultad al acto, de donde resulta el compuesto, es decir, el cuerpo.

No es, pues, el universo sensible más que la gran alma que da forma a la materia por medio de las ideas; es eterna porque jamás ha podido el alma permanecer inactiva. Concurrieron a producirlo la inteligencia y el alma, asunto la primera de las ideas, principio la otra del movimiento, y reunidas constituyen el mundo, conjunto de las ideas dotadas por el alma de actividad y de vida. Este principio inmediato de las cosas se particulariza en los diversos fenómenos, porque hay tantas razones seminales en el mundo como hay ideas en la inteligencia.

Regula la necesidad el mundo, y así como la gran alma no podía cesar de producirlo, las almas que de allí manan operan como ella por impulso de su propia esencia, cuya acción es su voluntad. No formando más que uno solo el mundo intelectual y el mundo sensible, ora en sí mismos, ora en su imagen, el uno opera paralelamente al otro, y el uno explica el otro, a quien sabe consultarlo por la magia y la astrología (8).

(6) GOTT. GUL. GERLACH, ha buscado en qué consiste la diferencia de esta doctrina con la de Schelling en su obra titulada: *De differentia qua inter Plotini et Schellingii doctrinam de numine summo intercedit.* Viteb., 1811.

(7) Las ideas son llamadas por Plotino *Dioses inteligibles*, en un pasaje que conviene referir como explicación de la doctrina pitagórica: Γενόμενον δὲ τῶν ὄντων πᾶν ἀπὸ γεννησῶν, πᾶν μὲν τῶν ἰδῶν κάλλιον, πάντα δὲ θεοῦ νοητοῦς; el cual Dios engendrado, engendró juntamente consigo todos los entes, toda la belleza de las ideas, todos los dioses inteligentes. Así Vico sostiene que dioses inmortales se llamaron por los antiguos latinos las esencias de las cosas, esto es, las ideas.

(8) Gémen del espinosismo y de la *Teodicea* de Leibnitz.

En su consecuencia, el mundo no puede menos de ser bueno; el mal es la desigualdad de las almas, y la manifestación de esta desigualdad, consiste en una fatalidad y un optimismo funestos á la moral; por lo demás, los alejandrinos procuraron sustraerse á las consecuencias del principio, diciendo que el libre albedrío puede triunfar del mal moral.

Todas las partes del mundo sensible comprenden almas, es decir, ideas producidas, si bien de clases diferentes; en primer lugar se hallan los dioses intelectuales, libres de pasiones, que contemplan ideas no producidas y rigen el cielo y los astros; vienen enseguida los eones, luego los demonios, que dirigen, aquellos las fuerzas creadoras del universo, estos las fuerzas vitales y las cosas humanas; en fin, son los hombres, y más abajo las almas de los brutos, de las plantas y del resto de la naturaleza.

Las almas del mundo intelectual toman solamente un cuerpo á su entrada en el mundo terrestre. En el momento en que una de ellas asume la carga humana, deja en el mundo superior una partícula, aunque indivisible de sí misma; está presente toda entera en cada parte del cuerpo, ó mas bien el cuerpo está en ella, y cada vez que en él hacen impresion los objetos exteriores, no se siente afectada el alma, sino que fija su atención como en una cosa fuera de ella.

Distantes de Dios las almas por el desarrollo de la creación propenden á tornar á su seno; pero las que abusando de los sentidos descienden aun más abajo de la vida sensitiva, renacerán después de la muerte bajo la forma de brutos; las que hayan vivido humanamente volverán á cuerpos humanos: para volver á Dios es necesario que hayan cultivado dentro de sí propias el alma divina.

A ella deben concurrir los socorros superiores con los esfuerzos humanos que, relativamente á la inteligencia y á la voluntad, producen la virtud y la ciencia. Apoyan la ciencia en los procedimientos lógicos con ayuda de los cuales combina el hombre las ideas, queda necesariamente imperfecta, por ser Dios superior á toda fórmula. Solo por vía de intuición inmedia (*παρουσία*), cabe adquirir la ciencia perfecta, porque se puede decir que es una presencia íntima de Dios en el alma, colocado en el mismo estado en que se hallaba antes de descender al mundo intelectual.

Acontece lo mismo con las virtudes, no siendo algunas de ellas más que una preparación á las virtudes divinas; tales son las virtudes físicas, morales, políticas, purgativas, teóricas, ó de otro modo las que se refieren al perfeccionamiento del cuerpo, á los deberes del hombre y del ciudadano, que desprenden las afecciones corporales y contemplan el alma por sí misma. Las virtudes divinas hacen al que las posee capaz de conversar con los dioses. de evocarlos, y de imperar sobre los demonios; y en un grado sublime hasta trasformar en Dios al hombre.

El socorro de los dioses, necesario para comuni-

car energía á todo acto humano se obtiene ó por la oración, movimiento impreso al alma por la elevación hasta ellos, ó por los símbolos y los ritos exteriores, y cuanto más al vivo representan las cosas divinas, más violencia hacen á las divinidades; de aquí los sacrificios, la adivinación, la idolatría, y todo el culto pagano. El que no llega por estos medios á identificarse con la esencia divina, debe arrastrarse por la vía de las transformaciones.

Aquí encontramos las antiguas máximas de la India, así como se podrán conocer las de Aristóteles en los trabajos sobre la lógica, como instrumento de conocimiento, y la inspiración oriental en la investigación de la ciencia por la iluminación y por la intuición. Tributaban los alejandrinos homenaje al paganismo y á todas las religiones falsas, sosteniendo el culto de los astros, de los elementos, de los demonios, de los eones, y por su doctrina de las ideas personificadas en dioses, en hombres y en otros seres. Tomaron del cristianismo una idea más exacta de la Trinidad, de la creación, y hasta la necesidad de la mediación con ayuda de los ritos simbólicos, que eran por decirlo así, los canales de la divina gracia (9). Proclo clasificó la fé (*πίστις*), como superior á la ciencia, como la unión más perfecta con el Bien, con el Uno.

La escuela alejandrina fué, pues, un progreso, dado que reconoció y determinó los elementos peripatéticos que se hallan en la doctrina de Platón, y los fundió con ésta después de haberlos depurado, es decir, elevándolos á lo absoluto en que se reconcilian lo posible y lo actual, la unidad, principio supremo de Platón, con la variedad principio supremo del Estarigita. Pero como se vé, la potestad del ser neoplatónico se realiza por una emanación perpétua é involuntaria: solo el cristianismo, religión del espíritu y de la moral, produjo la idea verdadera de la acción libre del Criador, enseñando que el ser sale de su reposo por sí mismo, cambiando la virtualidad en virtud, en acción la energía.

Esta idea se oscureció en la Edad Media con los mil rodeos de la dialéctica, en las disputas de los realistas y de los nominalistas, con motivo de lo que llamaban principio de la individuación, cuando aspiraron á explicar la relación del general con el particular en la realidad á que van á parar ambos principios. Más tarde la escuela de Descartes segregó el segundo principio, absorbiendo la variedad en la unidad de la sustancia inactiva. Por último, Leibnitz, haciendo claro lo que había aparecido como un fulgor fugitivo en el empirismo de Campanella, perfeccionó el pensamiento de Aristóteles, diciendo, que toda sustancia es activa por su esencia; que es la causa cuyo fenómeno es el efecto;

(9) Jamblico ilustró singularmente esta parte teosófica y litúrgica, Plotino la metafísica, Porfirio la lógica. A propósito de las expiaciones es insigne el pasaje de Olimpiodoro por nosotros reproducido en la pág. 324, del tomo I.

que es una fuerza, cuya existencia consiste en su desarrollo. Una vez concebido así el poder como principio personal (y esta es una idea que pertenece á Leibnitz exclusivamente), resultó de aquí la noción de la gerarquía de los seres y de la armonía del mundo. Entonces se vió mejor cual había sido el yerro de Aristóteles, que confundía el ser con la simple forma.

Independientemente del cuidado que empleó en asociar la filosofía á la creencia nacional y del nuevo camino que abrió á la razón, queremos hablar de la senda del idealismo místico, la escuela alejandrina fué también un progreso en estension; porque indujo á los romanos y á los judíos á familiarizarse con las doctrinas griegas y orientales, de que los mismos Padres de la Iglesia sacaron partido para la defensa y el esclarecimiento del cristianismo. Sin embargo, careciendo esta escuela de sólidas bases, y no siendo más que una transición de lo falso á lo verdadero que no se atrevían á abrazar, no fué popular nunca. Perdió todo brillo después de Proclo, aunque contara numerosos discípulos, entre los cuales se cuentan las famosas Hipacia, Sosipatra, Edesia, Asclepigenia. Impregnándose cada vez más en las ideas orientales, que se propagaban por medio de las sociedades secretas, adoptó los ritos mágicos, que no solo estraviaban el entendimiento, sino que conducían á actos atroces.

Grande error de la escuela alejandrina fué el hacerse adversaria del cristianismo después de Plotino, adoptando el politeísmo no ya en la antigua forma vulgar, sino trasformado en símbolos. Pero la filosofía no necesita símbolos, y el pueblo se dejaba llevar no por éstos sino por el sentimiento y las pasiones. Trasformados de filósofos en apóstoles no cumplieron su misión; incrédulos y supersticiosos, aceptaron todas las religiones, pero desnaturalizándolas todas con mutilaciones; quisieron unir las dos necesidades que dividen á los hombres, la de creer ciegamente y la de ver con evidencia; y sometiéndose á ciertos dogmas hasta el punto de renegar de la razón y criticando otros sin freno, les perjudicó la ciencia, poniendo de manifiesto todos los males y ningún remedio y privándose, á fuerza de acoger todos los principios, del vigor que da el permanecer fijo en uno solo.

Plutarco.—Entre los neoplatónicos citaremos al compilador Juan Estobeo, á Simplicio de Cilicia, comentar de Aristóteles, y aun á Plutarco, y á Máximo de Tiro. Plutarco discutió cuestiones filosóficas en su libro *contra Colotes* epicúreo, en el

Banquete de los siete sabios; en sus tratados sobre el vocablo *εἶ*, escrito en el templo de Delfos, sobre los oráculos, sobre el destino, sobre los caprichos de los filósofos, sobre las cuestiones platónicas, sobre la procreación del alma, sobre las contradicciones de los estóicos. Sienta por principio que la materia es eterna; Dios formó los cuerpos á los cuales descendieron las almas inmateriales, diversas en los diferentes hombres, dotadas de una luz divina, y de algún residuo de las propiedades de que gozaban antes de entrar en ellos. Versado en la filosofía griega y conocedor también de la de Oriente, escogía entre las diferentes opiniones, combatiendo á los epicúreos y á los estóicos, prefería las doctrinas platónicas, sin adoptar, á pesar de todo ningún sistema; ponían especialmente trabas á la libertad de su pensamiento los errores supersticiosos en que abundan todos sus escritos, y más que ninguno su tratado de *Isis y de Osiris*, dedicado á la gran sacerdotisa de Delfos. Bajo esta tristísima influencia quiere hallar en los misterios egipcios un sentido filosófico que los justifique á los ojos de la razón; pero además de desnaturalizar la idea originaria de Isis y de Osiris, no está de acuerdo consigo mismo, considerándolos unas veces como cualidades del Dios único, otras, como símbolos de fuerza y de naturaleza, algunas como simples ideas.

Máximo de Tiro.—Máximo de Tiro supone que el objeto de la filosofía es la felicidad, y el supremo placer el raciocinio. Reconocía un solo Dios, padre de todos y de quien se deriva una serie de seres, que declinando de grado en grado unen á la divinidad con el más ínfimo bruto.

Por lo que hace á Luciano ponía en ridículo á teólogos y filósofos y se limitaba á saber de sus diferentes sistemas aquello de que necesitaba hacer mofa. Sin embargo, aparecía dar preferencia á los epicúreos cuando negaba todo lo que se hallaba fuera de los bienes sensibles, y á los cínicos cuando á nadie economizaba injurias.

Horapolo.—Nos inclinamos á colocar en esta época á Horo, ó como otros le llaman Horapolo, que se ha creído anterior á Homero. Ciertamente no era egipcio, y hubo de pertenecer á los tiempos en que la teología de Egipto se mezcló con la de la Grecia. Escribió sobre los geroglíficos, no para dar la clave de ellos, sino para explicar los emblemas y los caracteres de los dioses; en lo cual ayudó algo á los modernos en sus tentativas para explicar aquella escritura misteriosa.

CAPÍTULO XXXII

FILOSOFIA CRISTIANA.

Es un error creer que la teología, esto es, la ciencia que discurre sobre las cosas divinas según las verdades reveladas por la Iglesia no es capaz de variaciones ni acrecimiento, enlazada como está a una tradición superior. Si el hombre no hace más que admitir las afirmaciones divinas, es nada más que creyente; pero si esclarece las relaciones de esta tradición con los hechos tanto interiores como exteriores del universo, su fé se hace científica. De este modo la teología asocia al elemento divino el elemento humano, que se lanza hasta los límites de la certidumbre, y aun á veces llega á traspasarlos.

Tiene, pues, la teología dos objetos muy distintos; el primero consiste en exponer las verdades dadas y reveladas, los dogmas contenidos en la escritura y en la tradición, propuestos por la Iglesia, y con frecuencia rigurosamente definidos por ella. y esta parte de la teología es eterna, é invariable en su base establecida por el mismo Dios. Pero sobre esta base se eleva el edificio de la razón humana, segundo objeto de la teología, sometido á todas las condiciones de las obras humanas, desarrollo, cambio, sucesión y progreso; y así es que también la teología tiene una historia que es importante conocer.

Más ocupados de la virtud que de la ciencia los antiguos escritores cristianos, pensaron en exponer los dogmas de la fé, los preceptos de la moral, los ritos del culto; la mayor parte de sus obras son catecismos, donde respira el fervor del convencimiento. Pero para afirmar la verdad, debieron combatir el error y demostrar la armonía de la fé con la razón, no solo aduciendo las pruebas históricas de la tradición, sino estableciendo un sistema de especulaciones racionales fundadas sobre ésta. Considerando, pues, los santos Padres á la filosofía y á la religión como derivadas de la misma fuente, se aplicaron á conciliarlas con ayuda de un eclectis-

mo, que se diferencia del de los neoplatónicos en que en vez de armonizar los sistemas de las diferentes escuelas, les da á todos por regla una ley superior, que es la fé. Algunos de ellos se inclinaron á los orientales, como el falso Dionisio Areopagita, San Pantenio, Taciano, Orígenes; otros hácia los griegos como Justino, Tertuliano, Lactancio, Agustín. Estos hicieron poco caso de los epicúreos, de los escépticos, de los estóicos, de los peripatéticos, ora á causa de la moral corrompida que era objeto de su enseñanza, ora á causa de la duda que derramaban en las cuestiones en que necesita el hombre de certidumbre. Es verdad que en el momento en que tuvieron heregias que combatir, adoptaron el método lógico de Aristóteles; pero en general manifestaron más simpatía hacia el platonismo, que se ha calificado de una anticipación ó preparación al cristianismo (1).

Consiste, en efecto, en que apartándose Platon de la esperiencia exterior y de la dialéctica vulgar, intentó tornar hácia el Señor de la naturaleza por un camino desconocido á los griegos, y con ayuda de ideas superiores al mundo sensible: le buscó en la intuición y en una reminiscencia interna; acaso entendía por esto un despertar de la conciencia, un

(1) Ha sido llamado de este modo por San Justino (*contra Gentes*) por San Clemente de Alejandria (*Strom.*, VI), y por Eusebio (*Prap. evang.*, XI). Numenio decía que Platon era Moisés espresándose en griego.

Sin embargo no se me haga decir que los santos Padres eran platonicos; hasta combatieron á Platon algunos, y San Agustín se arrepiente de haberle elogiado demasiado: *Lani quoque ista, qua Platonem, vel platonicos, vel academicos philosophos tantum extuli, quantum impios homines non oportuit, non immerito mihi displicuit.* *Retract.*, I.

El jesuita F. Balto ha escrito la famosa *defensa de los santos Padres acusados de platonismo*. Paris, 1711.

presentimiento de la imágen divina innato en el hombre: este es el pensamiento que resuelve la cuestión ontológica de la legitimidad de nuestros conocimientos, y funda una filosofía de la revelación. Dios es el fundamento de la ley, según Platon, quien propone á los ciudadanos de su república ideal estas bases de la sociedad y de la ley: «Dios, según la tradición antigua, teniendo en sí el principio, el fin y el medio de todas las cosas, opera constantemente el bien según su naturaleza: está siempre acompañado de la justicia, que castiga á los violadores de la ley divina; todo el que quiere asegurarse una vida venturosa, se conforma con esta justicia y la obedece con humilde docilidad. Pero el que se envanece de sus riquezas, de sus honores ó de su gallardía, aquel á quien inflama su juventud con una presunción insolente, como sino tuviera necesidad de señor y de maestro, y pudiera guiar á los demás, está abandonado de Dios é introduce el desorden en sí mismo, en la casa y en la ciudad. ¿Qué debe, pues, hacer y pensar el sabio? Buscar el medio de contarse entre el número de los servidores de Dios. ¿Y qué cosa es grata á Dios y conforme á su voluntad? Una sola según la antigua é invariable sentencia que nos enseña que la amistad no nace más que entre seres semejantes. De consiguiente, Dios más que un hombre cualquiera debe ser la suprema medida de todo. ¿Queréis ser amigo de Dios? Emplead todos vuestros esfuerzos en tener con él semejanza.»

¿No parece que se está oyendo á uno de los santos Padres? No ha de extrañarse que los doctores cristianos se adhirieran á este gran discípulo de Sócrates, no para sujetarse á su palabra, sino en virtud de la estrecha relación que hallaban entre sus ideas y las del cristianismo. Se alejaban de él cuando no seguía el camino derecho, porque consideraban siempre la filosofía como sierva (*ancilla*) de la teología, y la revelación como base de todo conocimiento práctico y especulativo.

Admitida la revelación, todos los dogmas lógicos quedan ilustrados. En efecto contiene la moral, es decir, en tanto que se refiere á las acciones humanas; está hecha por medio de la palabra, esplica, pues, el origen del lenguaje; está hecha por un ser á otros seres, atestigua, pues, una variedad de existencia; proviene de una infalible fuente, presenta, pues, el criterio de la certidumbre. De este modo argumentaba la Iglesia, aunque conservando ciertos Padres hábitos de escuela, preguntasen á la ciencia quizá lo que solo podía satisfacer la fé.

Unidad sustancial.—Dios y la religión con el mundo y el hombre son el objeto principal de su espiritualismo más ó menos racional. Cuanto podemos concebir de la esencia de Dios nos conduce á la unidad sustancial, noción la más elevada á que puede alcanzar la mente humana. Esta unidad que no es susceptible de ningún nombre particular, es indistinta, invisible, velada, no presentando á nuestra inteligencia ninguna cualidad especial que pueda tomar en cuenta. Esta idea, que se nos aparece

á la cabeza de todas las teologías antiguas, está esplicada al principio de la Santa Escritura con estas palabras; *yo soy el que soy, ó bien yo soy el ser*. Ahora bien, puesto que la idea universal del ser sirve de apoyo á toda la inteligencia, y que nada podemos espresar sin el vocablo es, no tenemos inteligencia, sino en tanto que conocemos á Dios.

No quiere decir esto que los Padres confundieran en Dios todas las cosas, combatían el panteísmo como un sistema que destruye la noción propia del Ser Supremo, suponiendo emanaciones que descomponen la unidad esencial de la sustancia divina, en otras tantas fracciones como cuerpos produce subdividiéndose, y que la sujetan al mal en éstos.

Decían á los partidarios del dualismo, que atribuir á la materia una eternidad independiente y necesaria, es borrar la noción de Dios arrebatándole sus caracteres propios é incommunicables, de los que no se puede hallar la razón en la esencia de la materia, atendido que está variable, divisible, y accidental como ella, no contiene en sí el motivo de su propia existencia, y supone un término inmutable y anterior. Tampoco se podría admitir la coexistencia del principio del mal, porque entonces el poder, el saber, el amor de Dios serían limitados. Con efecto, el poder se halla embarazado por un principio independiente de su naturaleza; el saber no puede disipar las tinieblas esencialmente impenetrables de la materia; el amor es combatido por el espíritu de odio infinito, de destrucción, de discordia.

Creación.—De aquí deducían que Dios, por un acto de su libre voluntad, había sacado todas las cosas de la nada; á lo cual llegaban haciendo ver el absurdo de las otras dos suposiciones.

Las religiones orientales, y la parte de las griegas que con ellas se relacionaban, máxime en las doctrinas de los misterios, se apoyaban en el dogma de la emanación, según el cual todos los seres salen del seno de Dios y deben volver á él. Pero ¿por qué el Ente bienaventurado y eterno había salido de su paz para revelarse al mundo? Todos los pensadores, todos los cultos tropezaron en ese problema y procuraron en vano buscar su solución; y el cristianismo la daba, pues está apoyado en el dogma de la Encarnación y de la Redención. Desde la eternidad estaba en la idea de Dios el revelarse al mundo; lo que implicaba la separación del mundo de Dios, y por consiguiente el pecado y la caída; pero estaba también en sus consejos levantar el mundo á sí (2).

Dios se sometió á las miserias humanas, pero no al pecado, hasta que se cumpla la victoria y cese la separación con Dios. Un acto de la mayor libertad hizo digno de que habitase en Dios lo que estaba fuera de Dios; cumplido el sacrificio queda

(2) 1.^a *ad Tim.* III, 16; II.^a *ad Tim.* I, 9 y 10; *ad Ephes.* I, 4 y 7; *ad Coloss.* I, 14 y 20.

hecha la reconciliación. Y de este sacrificio participa todo el que quiere ser cristiano, ungido por el Señor, hostia sagrada como Jesucristo; y la vuelta a Dios depende del libre albedrío, de la fuerza moral, de la virtud de cada uno. Esta ley misteriosa del amor divino, por la cual se opera la vuelta al creador mediante el sacrificio voluntario de la víctima santa, puede únicamente dar razón del acto por el cual Dios se resolvió a revelarse al mundo y explicar el enigma de la creación y de la historia universal.

Esto creíamos nosotros advertir; pero en general el modo con que los seres finitos salieron del infinito, era considerado por los Padres como un misterio irresoluble a la mente humana, la cual es incapaz de abrazar los dos términos, transformándose de finita en infinita.

Sin embargo, alguno de los metafísicos cristianos intentó profundizar este abismo, y dijo que para comprender la creación habrá necesidad de distinguir tres cosas; Dios, los seres particulares, y las participaciones, órden de realidades intermedias. Como ser infinito Dios, no puede ser participado; necesariamente finitos los seres particulares, son diametralmente opuestos a Dios; las participaciones, virtudes divinas, como el poder, la bondad, la sabiduría, la vida, existen en las criaturas con grados limitados. En tanto que propiedades divinas, infinitas, existentes en Dios, son Dios mismo; en tanto que participadas en grados diversos son obra de Dios y criaturas; existen fuera de él por lo mismo; por lo que hace a los seres individuales son sus principios constitutivos, creados, y al mismo tiempo el principio de cada creación particular.

Así aunque no existan perpetuamente como la divinidad, se pueden considerar creadas antes del tiempo, si el tiempo es la medida de la duración de los seres individuales a quienes estas propiedades son anteriores. Ahora bien, hallándose éstas fuera de los individuos, como existentes en Dios, y fuera de Dios, como principios eficientes de cada ser limitado, constituyen el eslabón entre lo finito y lo infinito (3).

Algunos, como Atanasio, Metodios, Agustín, sostenían que la creación había sido operada en el tiempo, otros de toda eternidad como Clemente de Alejandría. Orígenes (4), debiendo ser eterna la cualidad del Criador como las demás cualidades de Dios. Oponían a la fatalidad de los astrólogos y de los estóicos una providencia general y particular, ejerciéndose quizá por el ministerio de los ángeles.

El mal.—Pero coexistiendo lo finito con lo infinito ¿cómo puede hallarse mezclado el mal con el

(3) San Pablo (a los hebreos, XI), ha dicho: *Ex invisibilibus visibilia facta sunt*. Creyeron, pues, los Padres pre-existentes en la mente de Dios las cosas a que no hizo más que añadir la realidad, *sustantivarlas*, cuando las creó.

(4) Véase la reciente obra de DENYS, *Filosofía de Orígenes*.

bien supremo? Cuestion a que llega de continuo a estrellarse la razón, y que no se podría resolver racionalmente sino por el misterio de una primera culpa que ha roto la armonía entre la inteligencia, el amor y el poder, y por la necesidad de una expiación. Así el mal moral nada tiene de positivo, es solo la ausencia del bien. No proviene de la necesidad, sino del libre albedrío de las criaturas inteligentes y de las sugestiones de los espíritus malignos. Es, pues, imperfecto y no estorba que el bien predomine en el conjunto del universo que propende a Dios. Cese, pues, de resonar esa voz funesta, que suponiendo la necesidad, es decir, la divinidad del mal, hace la apoteosis, y blasfemando del Criador, revela a las criaturas la ley del pecado. Por lo que hace a la cuestión de averiguar como el libre albedrío se concilia con un pecado hereditario, con la gracia y con la predestinación, son misterios, cuyo velo apenas se atrevían a descender los padres.

Trinidad.—Suministraba la revelación la noción sublime de la Trinidad, y aunque valga más al hombre limitarse a esponder el dogma, venerando el misterio, sin embargo los Padres, y especialmente San Agustín (5), se esforzaron en buscarle una analogía con lo más puro y elevado que puede concebir la razón humana. Pero en semejante asunto se necesita de tal precisión de palabras, que el que pretendiera resumir sus opiniones, se espondría a incurrir en errores que aquellos doctores mismos no supieron evitar a veces, y que engendraron tantas querellas, escándalos, é hicieron correr tanta sangre.

En el dogma de las tres personas en un solo Dios, la palabra Dios tiene distinta significación que persona divina, y por tanto no hay absurdo entre uno y tres, aunque subsiste el misterio del uno y trino; al modo (decían los padres) del alma humana que, siendo única, tiene tres facultades irreducibles, poder, saber, querer.

Verbo.—La inteligencia divina, absolutamente una, porque es infinita, contiene no obstante en su unidad el principio y la razón de la variedad, es decir, los tipos de todas las naturalezas creadas, como lo entrevieron Platón y los filósofos orientales. Admitiendo los Padres este principio como fundamento necesario de toda verdad, contemplaron el Verbo como la razón de todas las cosas, coexistente con la inteligencia, formando las criaturas, haciéndose su modelo, proporcionándose a su condición. Pero lo que permaneció fuera del alcance de la inteligencia humana, fué la doble cualidad de este Verbo, solo engendrado, *hijo único* de Dios, en tanto que es el conocimiento mismo; su *primogénito*, en tanto que es tipo de todas las cosas creadas.

Espíritu y materia.—Los gnósticos poblaron el espacio entre Dios y el hombre con naturalezas intermedias, fáciles de considerar como divinidades de segundo órden: los cristianos no admitían más

(5) *De Trinitate*, VI, 10.

naturaleza que la divina y la humana, y ésta compuesta de materia y de espíritu. La materia, segundo elemento de la creación, tiene algo de inerte y de pasivo como la más infima de las criaturas, la sombra de Dios; mientras que el espíritu es su imagen, manantial de actividad, de movimiento y de inteligencia. Algunos, sin embargo, supusieron cierta especie de materia más sutil que la materia corpórea, de la que se formaría lo que envuelve a los ángeles; permaneciendo solo en Dios la espiritualidad absoluta; creyeron esta explicación necesaria para demostrar cuan susceptible es el alma de recompensas y castigos (6). Pero la Iglesia siempre sostuvo la doctrina de separar al alma de todo elemento sensual: Orígenes encuentra imposible que el alma corpórea pueda concebir la idea de las cosas inmateriales; y la espiritualidad del alma, así como la diferencia esencial entre las dos sustancias acababa por ser sólidamente establecida. Agustín define el alma «una sustancia dotada de razón, dispuesta para gobernar el cuerpo.» (7) definición que recuerda aquella en que Proclo resume la doctrina platónica: «el hombre es un alma que se sirve de un cuerpo.» (8) Creyeron algunos las almas preexistentes a los cuerpos, otros las consideraban como creadas a medida que llegaban a la vida, considerando como imposible explicar la manera de obrar uno sobre otro dos seres tan distintos como el espíritu y la materia (9) no es, sin embargo, un misterio más grande que el de los demás hechos que resultan en el universo de una acción recíproca.

(6) TERTULIANO, *De anima*, V, 7, dice: «La corporeidad del alma aparece manifiestamente en el Evangelio. Sufre en el infierno, y presa de las llamas implora una gota de agua... ¿Qué significa todo esto sin el cuerpo?» ARNOBIO dice: *adv. Gentes*, II, «¿Quién no conoce que lo simple é inmaterial no puede experimentar dolor?» SAN JUAN DAMASCENO, *De orthodoxa fide*, II, 3, 12: «Dios es incorpóreo por naturaleza; los ángeles, los demonios, y las almas se llaman incorpóreas por gracia, teniendo en cuenta lo grosero de la materia.» Estas citas parecieron tan evidentes, que Tennemann, *Manual de la historia de la filosofía*, párrafo 230, dice positivamente que los santos padres concibieron el alma como siendo corpórea: este error, adoptado por otros historiadores, nace de que no se han hecho cargo de que varias antiguas escuelas distinguieron el cuerpo, el alma y el espíritu *σώμα, ψυχή, πνεύμα*; y que comprendieron por alma el principio de la vida orgánica, común al hombre y a los brutos, materia muy sutil, ó más bien sustancia intermedia entre la materia y el espíritu. Fué de este principio del que oyeron hablar estos padres cuando se creía al alma corpórea; pero proclamaron siempre que el espíritu que piensa en el hombre, participa de la naturaleza espiritual de Dios.

(7) *De quantitate anime*.

(8) *Comm. in Alcib.* Fué renovada esta definición en nuestros días.

(9) *Modus quo corporibus adhærent spiritus et animalia sunt, omnino mihi est, nec comprehendí ab homine potest, et hoc ipse homo est.* SAN AGUSTÍN, *De civ. Dei*, XXI, 10.

La unión de la materia con el espíritu era desde el principio perpetua y deliciosa; el pecado original le hizo pasajera y tal que sufre la parte más noble, la más grosera se hace capaz de gustar un día las inefables dulzuras de la contemplación.

Aceptaron los padres (10) la enseñanza de la escuela itálica formulada de este modo: *El conocimiento de las cosas consiste en seres invariables que no caen bajo los sentidos*. Pero rechazaron la hipótesis platónica, de que las sensaciones despiertan en las almas el recuerdo de una ciencia adquirida en otra vida: afirmaban que solo comprende el espíritu porque es conexo no solamente a los seres inteligibles, sino también a los seres inmutables, como son las ideas (11). No obstante si estas existiesen aisladas, serían otras tantas divinidades. En señaban a creer que existen en el espíritu divino, purgando así el platonismo de la idolatría, y asociándolo de una vez y para siempre a la teología cristiana.

En fuerza de estudiar como estas ideas eternas y necesarias subsisten en Dios, reconocieron que su mezcla no podía ser otra que el Verbo; que no podían tener respecto de Dios, distinción real entre sí, sino que debían reducirse a una unidad perfecta con el mismo Verbo y por consiguiente esencia divina: que desde entonces forma esta la parte inteligible (12) que *ilumina a todo el que viene al mundo*, puesto que el hombre ve las ideas de Dios.

Método.—En lo concerniente al método de los Padres, es preciso distinguir los libros en los cuales establecen y esponen los dogmas católicos, de aquellos en que refutan los de sus contrarios, bien sean gentiles ó herejes. Proceden con los primeros por demostraciones y emplean con los demás comúnmente los medios aristotélicos ó platónicos, el silogismo, la inducción, el absurdo, combatiendo al enemigo con sus propias armas. En cuanto a lo que les pertenece, empiezan por robustecer el dogma de que se trata, citando por lo común un pasaje de la Escritura. Lo formulan enseguida como un acto de fé, en el que definen la proposición que tratan de interpretar; citan después todos los pasajes en que se demuestra este dogma, sosteniéndose unos a otros, hasta tanto que quede establecida la evidencia racional, y demostrada la absurdidad del principio contrario.

Tan poco favorables se muestran los Padres a la lógica de las escuelas, que Tertuliano esclama: «Miserable Aristóteles, que preparó (a los herejes) una dialéctica artificiosa, susceptible de revestirse de todas las formas tanto para probar como para

(10) Especialmente San Justino, *contra Gentes*, Clemente de Alejandría, *Strom.*, VI, y Eusebio de Cesárea, *Prof. evang.*, XI.

(11) Véase sobre todo SAN AGUSTÍN, *Retract.*, I, 8, ROSMINI, *contra Mamiani*, p. 487.

(12) *Per λόγον enim solum cognoscentia efficitur.* MARIO VITTORINO.

negar, sentenciosa, arrogante en sus conjeturas, penosa, intrincada en sus argumentos, peligrosa por sí misma, que siempre se atiene á una cosa nueva, como si ninguna estuviera jamás afirmada sólidamente. Dé aquí las fábulas y las genealogías interminables, los discursos procediendo hácia atrás, á semejanza de los cangrejos, que nos prohibió el apóstol condenando la filosofía.»

Pero el método que queríamos denominar cristiano fué en breve abandonado por los Padres; ya se ven aparecer en San Agustín las formas escolásticas y hasta tratados enteros de dialéctica: sin duda era una necesidad combatir al enemigo en su terreno, en su campo. Este doctor disponía su asunto con arreglo á las categorías de Aristóteles, á fin de no pasar en claro ninguna de las fases de la cuestión. Enseguida deducía sus pruebas valiéndose especialmente del silogismo, ó argumentando á estilo de Sócrates; y de él data en materia de fé la introducción de sutilezas capciosas, con las que pudo ser apoyado hasta el error.

Cuando la turbada razón del paganismo espiante invocaba la antigua sabiduría como la más próxima á los dioses, agobiábanla los Padres bajo el peso de las tradiciones primitivas del género humano, sirviéndoles todas las ciencias para probar la verdad. Seguramente la obra de extinguir antiguos errores fué ejecutada con el ardor más generoso; pero en cuanto á la de emplear todas las ciencias y disponer la enciclopedia sobre la casa del Evangelio, por más esfuerzos que hicieron, se vieron obligados á desistir de su empresa por los desastres que sobrevinieron.

Ya no fué la virtud como antes una cosa de convención, sino la práctica de la verdad, conocida y arreglada por un juicio recto, buena cualidad del espíritu, de la que no es posible abusar (13). Consistió el pecado en preferir al bien supremo su propio bien, y á lo objetivo lo subjetivo (14).

Siendo el cristianismo una doctrina de redención, practicar la caridad hasta el extremo de sacrificar su vida se hizo el mayor de los méritos; fué de obligación comun acrecentar el bien del prójimo, y para este objeto ejercitar la industria, inventar y progresar. Es por tanto el cristianismo doctrina de actividad y progreso, al paso que partiendo los antiguos de la idea de la sucesiva decadencia, contemplaban el mal y la desigualdad entre los hombres como una necesidad; padecían y dejaban padecer.

Moral.—Esta doctrina produjo también la libertad, porque el derecho sucedió al hecho; libremente sometidos á Dios, el pensamiento y la conciencia

(13) Esta célebre definición de San Agustín; *Virtus est bona qualitas mentis... qua nullus male utitur.* Y en otra parte: *Ille pie et iuste vivit qui rerum integer est estimator, in neutram partem declinando.* De doct. chr., I, 27.

(14) *Voluntas adversa ab incommutabili bono et conversa ad proprium, peccat.* SAN AGUSTÍN, De lib. arb.

humana quisieron depender de Dios solo, verdadero y principal soberano por quien fué investido Cristo del poder supremo. Es, pues, solamente de Dios y de su Verbo de donde viene á los hombres el derecho de mandar. La potencia es Dios, pero es necesario no atribuirle la voluntad del hombre que ejerce este poder, y el uso que de él hace. El hombre se halla subordinado á la ley suprema, de que la Iglesia es intérprete infalible. Así la obediencia nace de la persuasión; no envilece, sujetando al hombre á los caprichos del hombre (15). El príncipe es el ministro de Dios para el bien; los gobiernos deben atender á que la justicia esté bien administrada; pero no ejercen poder ni acción sobre el pensamiento y las conciencias. Y como ningun hombre posee por sí mismo una autoridad cualquiera, el que sustituye al derecho eterno su poder propio, se hace usurpador, y es indigno de ser obedecido (16).

La ciencia y el deber, la filosofía y la religión, la moral y la política, derivadas todas de la misma fuente, se encontraron al fin reconciliadas.

Dios, es, pues, la primera fuente de la filosofía cristiana; y esta filosofía reúne necesariamente la teoría á la práctica, según la autoridad del que ha dicho: *Si practicatis mi palabra conoveris la verdad.* Opuesta al egoísmo de las antiguas sectas, no aspira á la gloria mundana de fundar escuelas; al revés pone de manifiesto que la doctrina que enseña no es suya, no apartándose jamás del sentido comun del género humano unido á Dios, es decir, de la autoridad de la Iglesia. La regeneración intelectual es reducida por los Padres á la regeneración moral, que todo lo subordina á la salvación de las almas, fin para el cual convenia ante todo extirpar la duda, que á fuerza de argumentos habia minado las creencias más vitales; después coordinar nuevamente las trastornadas nociones del deber. Pusieron remedio á la duda, apoyando en la fé las creencias incontrastables, el desorden moral destruyendo el dualismo y el panteísmo igualmente funestos. Si las aplicaciones del orden moral son la mejor prueba de las doctrinas metafísicas, la pureza de la moral enseñada y divulgada por los Padres, no solo á un corto número de sabios, sino verdaderamente en el pueblo y en la sociedad universal, es un argumento muy poderoso en favor de la excelencia de las doctrinas que armonizaban las leyes de la inteligencia con las leyes de la voluntad.

Deducida la moral de estos principios no cons-

(15) «El hombre tiene derecho de mandar al bruto; pero solo Dios tiene derecho de mandar al hombre.» SAN GREGORIO MAGNO, lib. XXI sobre Job, cap. 15.

(16) *Regimen tyrannicum non est justum, quia non ordinatur ad bonum commune, sed ad bonum privatum regentis... Ideo perturbatio hujus regiminis non habet rationem seditionis, nisi forte quando sic inordinate perturbatur tyranni regimen, quod multitudo subjecta majus detrimentum patitur ex perturbatione consequenti quam ex tyranni regimine.* SAN TOMÁS. Summa, 2.^a 2.^a q. 42, artículo 2.º á 3.º

tituía una ciencia, pero después de haberle dado como fundamento por una parte la voluntad de Dios esplicada por la razón y la revelación, y por otra la obligación para el hombre de obedecer á quien ordena, ó en virtud del poder absoluto, ó para dirigirle á la felicidad temporal y eterna, los doctores cristianos proclamaron preceptos severos

y de estremada pureza. Recomendaban especialmente la caridad ó el amor desinteresado del prójimo, la sinceridad, la paciencia, la templanza. Algunos llegaron hasta un ascetismo riguroso, con el objeto de purgarse del pecado y de desprenderse de los lazos de la materia con la contemplación y la penitencia.